

DE LA HOJARASCA A EL OTOÑO DEL PATRIARCA: TRAS LA ESENCIA DEL PODER

Bernal Herrera Montero

Para todo aquel que ha seguido, siquiera a grosso modo, la evolución literaria de Gabriel García Márquez, la tan esperada lectura de *El otoño del patriarca* (en adelante *El otoño*) constituyó una sorpresa, en muchos casos acompañada de desencanto. Hubo la impresión general de que su autor abandonaba un terreno y un estilo en que se encontraba perfectamente acomodado para emprender una nueva búsqueda literaria, que en la mayoría de los casos desilusionó a sus lectores. Tal desencanto, muy probablemente percibido por el autor, amainó con la aparición de su última novela, *Crónica de una muerte anunciada* (en adelante *Crónica*), con la que pareciera aproximarse nuevamente a su estilo y terreno anteriores. Así, y con las excepciones de rigor, se ha querido ver en *El otoño* una obra hasta cierto punto aislada, inconexa con las demás. Esto se complica cuando, pese al supuesto aislamiento de la novela, los mismos críticos que lo defienden aplican a *El otoño* los viejos errores y lugares comunes previamente utilizados por la crítica hecha a las anteriores obras de García Márquez. Un ejemplo de lo anterior lo da Manuel Maldonado — Denis cuando afirma, refiriéndose a *El otoño*: “Cuando él nos describe cosas tales como el despojo de nuestros pueblos, el carácter circular de sus tiempos históricos, nos está ofreciendo una narración de la violencia cometida contra el hombre americano” (1). Aparece aquí, una vez más, la equivocada idea de que en García Márquez el tiempo es cíclico, cuando basta pensar en *Cien años de soledad* (en adelante *Cien años*), para darnos cuenta de que esto es falso, que el tiempo transcurre, pese a ciertos entramamientos. Así, y aunque *El otoño* termine hablándonos de “los cohetes de gozo y las campanas de gloria que anunciaron al mundo la buena nueva de que el tiempo incontable de la eternidad había por fin terminado” (2), la previa aceptación de este y otros lugares comunes hacen que muchos críticos los utilicen una vez más. Todo lo anterior claro está, dificulta una crítica adecuada de la novela, pese a que la obra merece un análisis serio y reflexivo, en sí y en relación con el resto de las obras del autor.

Creo conveniente empezar por aclarar que sí bien *El otoño* es una obra escrita con un estilo y

una estrategia narrativa diferentes a casi todas las anteriores obras de García Márquez, en especial a las más leídas, esto no significa una ruptura radical con lo anterior. De hecho, desde el punto de vista de la técnica literaria, *El otoño* no hace más que volver a “utilizar los mismos recursos que García Márquez había utilizado en sus primeros escritos: el libro de cuentos *Ojos de perro azul*, *Isabel viendo llover en Macondo* y *La hojarasca*. Cosas como el monólogo, la descripción de estados de conciencia, la fragmentación del narrador en varias primeras personas, etc., ya se habían utilizado en estas obras, por lo que más de una ruptura habría que hablar, desde el punto de vista de la técnica narrativa, de una vuelta a los orígenes. Este asunto de la técnica, que no es en última instancia tan importante como algunos pretenden, ha influido mucho en la valoración de la novela. Críticos tan sensibles como Mario Benedetti son muestra de ello. En *El recurso del supremo patriarca*, y tras poner de manifiesto la desilusión que le causó la obra, llega Benedetti a la conclusión de que *El otoño* es una obra maniquea, que su personaje es totalmente inverosímil y que carece de toda eficacia literaria. Otros críticos, a su vez, creen infundadamente que no hay grandes diferencias entre *El otoño* y las anteriores obras de García Márquez, excepto en la calidad. Así, dice un crítico: “El autor de *El otoño del patriarca* es, mirado en su nuevo texto, alguien así como el imitador de *Cien años de soledad*” (3), y concluye que la imitación está mal hecha y es un fracaso. Con esto aflora otro de los errores usuales de la crítica referente a García Márquez: el enfocar toda su obra en función de *Cien años*. No discuto el hecho de que *Cien años* sea, probablemente, la mejor de las obras producidas por el colombiano, pero esto no debe hacer que juzguemos todas sus otras creaciones en base a ella. En muchos casos, gracias a estar viendo las obras anteriores a *Cien años* tan solo en su carácter de antecedentes de ésta, los críticos se han ahorrado el trabajo de analizar el valor que puedan tener en sí. El perjuicio es aún mayor en las obras posteriores que, no constituyendo antecedentes ni siendo iguales a *Cien años* son, o injustamente vapuleadas, como *El otoño*, o totalmente ignoradas, como la *Crónica*. Tal vez tenga cierta razón Borges cuando afirma que los

buenos lectores son ave aún más rara que los buenos escritores.

En cuanto al fondo de la obra, nos encontramos en *El otoño* con los ya conocidos temas de García Márquez: el tiempo, la realidad, la soledad, etc. Sin embargo, nos concentraremos aquí en un tema que aparece ya desde *La hojarasca* y que, adquiriendo una importancia creciente en cada obra del autor, tendrá en *El otoño* su más rico y profundo tratamiento, saltando al primer lugar de la temática: el problema del poder. Este, como veremos, puede asumir formas muy variadas e incluso en apariencia ajenas unas de otras, pero siempre son emparentadas por esa fecunda reflexión sobre el poder que les da una fuerte hilación entre sí. Situaciones y personajes como el pueblo y su resistencia al entierro del médico en *La hojarasca*, el coronel Aureliano Buendía y el corregidor don Apolinar Moscote en *Cien años*, el alcalde en *La mala hora*, don Sabas en *El coronel no tiene quien le escriba* (en adelante *El coronel*), la mamá grande en *Los funerales de la Mamá Grande* (en adelante *Los funerales*), etc., nos hacen ver cuan constante es el interés de García Márquez por la idea del poder. En este tema en particular la culminación en la obra del autor no sería *Cien años* sino *El otoño*, grandiosa indagación sobre el origen, los mecanismos y las consecuencias del poder.

Antes de entrar en el análisis de las ideas que sobre dicho asunto expone García Márquez debo aclarar que para realizarlo me resultó de gran utilidad *Anatomía de la destructividad humana* (en adelante *Anatomía*), de Erich Fromm, obra de madurez de su autor. Este libro me sirvió en dos sentidos: proporcionando algunos conceptos y esquemas que facilitaron el análisis, y confirmando algunas conclusiones a las que ya había llegado previamente. Llama profundamente la atención la gran similitud en los planteamientos que respecto al poder hacen Fromm y García Márquez, el primero de una manera eminentemente analítica y descriptiva; y el segundo en forma más bien intuitiva y mostrativa. Tal vez no esté de más decir que las fechas de publicación de *Anatomía* y *El otoño* eliminan cualquier posibilidad de que dicho parecido se deba a alguna fuerte influencia de uno sobre otro.

He dicho anteriormente que es el poder uno de los temas que emparenta fuertemente entre sí a las diversas obras de García Márquez. Esta hilación se pone en evidencia, por ejemplo, a través de las sucesivas apariciones del alcalde, personaje común a varias obras; o en la afirmación hecha por el propio

autor cuando dice que el patriarca no es otro que el propio coronel Aureliano Buendía si hubiese resultado vencedor, en vez de ser derrotado como ocurre en *Cien años*. Por tanto, conviene hacer una rápida revisión acerca del desarrollo del tema del poder en las obras anteriores a *El otoño*, con el fin tanto de clarificar los antecedentes con que cuenta dicha obra como de hacer ver el desarrollo que se da en García Márquez del tema del poder.

Aparece éste en la primera de sus obras publicadas, *La hojarasca*, a través del enfrentamiento del coronel con el resto del pueblo, debido a su determinación de enterrar el cadáver del médico. Aquí el poder no está encarnado principalmente en una persona, ni siquiera en el alcalde que hace aquí su primera aparición, sino en una colectividad: el pueblo. Estamos en presencia de lo que Stuart Mill llamó la tiranía de la opinión pública. No será esta la última vez que se plantee el conflicto entre el individuo y el poder colectivo en García Márquez, ya que en cuentos tales como "La viuda de Montiel" y "La siesta del martes", de *Los funerales*, este conflicto se repite. Un primer elemento que llama la atención es que la situación no se resuelve en ninguno de los tres casos, aunque el desenlace de *La hojarasca* nos es contado en *Cien años*, donde se nos informa que el coronel logra enterrar al médico, pese a la oposición del pueblo. Este ejercicio colectivo del poder, entonces, no tiene la arbitrariedad suficiente para impedir por la fuerza, cosa que perfectamente podía haber hecho y que tanto el coronel como su hija Isabel hasta cierto punto esperaban, algo a lo que se opone, que le repugna.

Tenemos en *La hojarasca* el enfrentamiento entre un poder colectivo, real y palpable, y un poder personal, originado en el convencimiento moral de que se está haciendo lo correcto. La situación es similar a la *Antígona* de Sófocles, de donde fue extraído el epígrafe, y plantea la lucha del individuo con el poder establecido. Ahora bien, en ninguno de ambos casos podemos culpar a dicho poder de las determinaciones que ha tomado. En *Antígona*, la prohibición de enterrar el cadáver de Polinice tiene asidero en su traición a la ciudad, exactamente igual que en el caso del médico, quien se había negado a curar a los heridos del pueblo durante una refriega. ¿Por qué, entonces, pone García Márquez, igual que Sófocles, sus simpatías en el personaje que se revela contra el poder establecido? Porque ya desde aquí aparece la repulsión que siente el autor hacia el poder, que, como veremos,

será visto casi siempre con antipatía en sus obras. Con todo, en *La hojarasca* no se da una condena clara ni explícita de este poder que se basa en la fuerza (en este caso numérico), ya que influyen aquí dos circunstancias: la relativa justicia del deseo popular de ver al médico pudrirse en su propia casa, y la gran lenidad mostrada por el pueblo en el ejercicio de su poder. Ni la noche en que el médico le da la espalda, ni el día en que el coronel lo entierra, llega el pueblo al ejercicio de la violencia para imponer su voluntad. Antes bien, este poder colectivo, popular, respeta, aunque condenándolo, a ese poder personal que se yergue ante él, y cuyo origen no es la fuerza sino el convencimiento personal. Ambos poderes se respetan, se temen, y esto lleva a un cierto equilibrio. No estamos aún en presencia del poder descarnado y absoluto que encontraremos en obras posteriores.

Tomando como base la ya mencionada declaración de García Márquez de que el patriarca no es otro que el coronel Aureliano Buendía en el poder, y recordando que el patriarca llega al poder como caudillo liberal triunfante en las guerras federales, vale la pena apuntar que encontramos ya en *La hojarasca* el primer embrión del patriarca en la mención que el coronel hace de Aureliano Buendía como Intendente General del Litoral Atlántico durante "la guerra grande". Igualmente mencionaré un rasgo que emparenta a *La hojarasca* con *El otoño*, que es el uso de una primera persona en constante cambio como voz narrativa. En *La hojarasca* hay monólogos de tres personajes, y en *El otoño* de innumerable cantidad de ellos, produciendo esto en ambos casos una sensación de aislamiento individual, de soledad.

En la siguiente novela, *El coronel*, el planteamiento presenta ciertas variantes, principalmente con la ausencia de un enfrentamiento abierto como el que presenciamos en *La hojarasca*. Empieza a destacarse con más claridad el papel del alcalde como detentador de un poder personal no basado en la fuerza moral, como el del coronel de *La hojarasca* y el de *El coronel*, sino en la violencia. Sin embargo, no juega todavía un papel muy importante, aunque se dan bastantes indicios del clima terriblemente violento que se ha impuesto, con batidas policiales, censura, asesinatos políticos, estado de sitio, etc. Esta tónica en el tratamiento de la violencia ejercida por el poder, que se muestra más a través de la creación de una atmósfera que no en la mera descripción de hechos violentos, se mantendrá inalterada en García Márquez hasta la aparición de *El otoño*, en donde hay una mos-

tración más directa de la violencia. En *El coronel*, al igual que en *La hojarasca*, quien se opone a los deseos del protagonista es una colectividad, sólo que hay dos diferencias fundamentales: ni es una colectividad relativamente bien definida como lo era el pueblo, ni parece tener ninguna justificación para su proceder. En efecto, da la impresión de que la nueva colectividad, la administración, no tiene ningún motivo válido para negarle la tan esperada pensión al coronel, provocando esto que las simpatías se inclinen de manera mucho más decidida y explícita en favor del coronel, quien al igual que el anterior sigue ostentando un poder cuya única fuerza es moral, aunque vale la pena anotar que, en tanto el coronel de *La hojarasca* es una persona adinerada, el de *El Coronel* está en la miseria. Pero mientras en *La hojarasca* había un cierto equilibrio entre el poder moral, personal, y el colectivo, aquí éste se ha roto, y el poder moral se ve totalmente impotente, tanto ante el vago y colectivo de la administración, como ante el definido y personal del alcalde. Estaríamos en presencia de tres tipos de poder: el poder moral personal, en franca derrota; el indefinido y colectivo de la administración, cuya no-violencia resulta, en el fondo, de una gran ferocidad; y un poder personal, el del alcalde, basado en la violencia y que empieza a surgir cada vez con mayor fuerza.

De *Los funerales*, ya he mencionado dos cuentos, "La siesta del martes" y "La viuda de Montiel", como ejemplos de la confrontación entre el poder colectivo y el individual. Pero mientras en el primero las simpatías están con la mujer que desafía la condena moral a la que se ve expuesta por visitar la tumba de su hijo, muerto mientras trataba, en apariencia, de forzar una puerta, en el segundo se muestra simpatía por el desquite que se toma el pueblo contra José Montiel, el ricachón explotador, en la persona de su viuda, a quien roban cuanto pueden de su descomunal herencia. En estas confrontaciones entre el individuo y la colectividad podemos ver dos cosas: la aceptación que parece tener el autor del poder personal que se origina en fuertes convicciones morales, así como la ambigüedad con que trata al poder colectivo, que en algunas ocasiones es visto con simpatía, en otras con antipatía, e incluso en otras de manera neutra, presentándolo tan solo como contrapunto del poder personal. Esto es importante porque, como veremos, todas las demás formas de poder serán vistas con profunda y clara antipatía por García Márquez. Incluso sería mucho más correcto hablar, en el caso del poder personal originado en conviccio-

nes morales, de autoridad o ascendiente, y no de auténtico poder. De hecho no parece que en un caso como el de *El coronel*, tenga el protagonista ningún tipo de poder. Así, habría que concluir que García Márquez no ve con simpatía ninguna clase de poder, condenando abiertamente el personal basado en la violencia o la riqueza, mientras trata ambiguamente el colectivo, que asienta su fuerza principalmente en el aspecto numérico.

Hay en *Los funerales* otros relatos que presentan interés para el análisis del tema del poder. En "Un día de estos", asistimos a la venganza que se toma el pueblo, encarnado en el dentista, contra el cada vez más poderoso, violento y arbitrario alcalde. Presenciamos un momento de debilidad e impotencia del poder, casi absoluto en condiciones de normalidad. Al extraerle el dentista una muela infectada sin anestesia, le dice al alcalde: "Aquí nos paga veinte muertos, teniente" (4). Aparecen en este cuento los primeros indicios de una idea cuyo desarrollo vendrá después: la paradójica impotencia y desamparo del poder. El ejercicio del momentáneo poder que tiene el dentista sobre el alcalde, con toda la violencia que rodea al acto, cae en lo que Erich Fromm llama destructividad vengativa, que es una de las formas de destructividad que no tienen su asiento en la estructura del carácter, sino que es una respuesta a estímulos externos desencadenantes (5). En "La prodigiosa tarde de Baltazar" asistimos al enfrentamiento de Baltazar, el imaginativo y desprendido artesano, con José Montiel, encarnación del poder económico; y pese a que el ganador económicamente hablando es Montiel, vitalmente lo es Baltazar. Incluso se puede especular si este enfrentamiento no será el causante de la muerte de Montiel, ya que no obstante que el médico se lo había prohibido, se encoleriza, y nos enteramos en "La viuda de Montiel" que don Chepe muere a consecuencia de una cólera. ¿La misma?

El cuento "En este pueblo no hay ladrones" plantea de manera descarnada toda la violencia y arbitrariedad del poder establecido, quien acusa injustamente, arrestando y golpeándolo, a un negro de haber realizado un robo que sabemos no cometió. Pese a las pruebas que hay a su favor, el negro es enviado a prisión. Con todo, el más interesante de los cuentos es, para el tema del poder, el que da su título al libro. Asistimos aquí a un anticipo de lo que será posteriormente la tremenda mitificación e hipérbolo del poder absoluto encarnado en el patriarca, a través de un personaje igualmente poderoso: la mamá grande. Esta mujer,

desafortunadamente rica y poderosa, ejerce un poder tal en la sociedad, que con motivo de su muerte se afirma: "El orden social había sido rozado por la muerte" (6). Su poder, realmente feudal, había paralizado a toda una comarca, y toda autoridad civil y religiosa le estaba supeditada. Es la primera encarnación que encontramos en García Márquez de un poder personal absoluto. Este poder inaudito, ejercido en provecho propio, exige un alto precio: la incapacidad y esterilidad afectiva, vital. Leemos: "La Mamá Grande, que hasta los cincuenta años rechazó a los más apasionados pretendientes y que fue dotada por la naturaleza para amamantar ella sola a toda su especie, agonizaba virgen y sin hijos" (7). A nivel social, las consecuencias también son funestas: la incapacidad crítica, la aceptación de la situación como algo perteneciente al orden natural, la total mitificación del poder, a quien incluso se considera inmortal. Se daba por un hecho que la mamá grande tenía un derecho heredado sobre vidas y haciendas, y nadie pensaba en la posibilidad de que fuera mortal. Un total aletargamiento e inmovilidad social, que según Fromm se da en toda sociedad basada en el poder abusivo, es lo que caracteriza al Macondo de la mamá grande. El poder personal, absoluto y autoritario, es el que se va imponiendo en la temática de García Márquez, y en la misma medida va desapareciendo todo poder popular y colectivo. El otro poder que se insunúa, el del gobierno civil, es totalmente incompetente, teniendo un carácter más bien decorativo, por lo que no ejerce una auténtica gravitación social.

Aparece en *La mala hora* nuevamente el alcalde, ahora en la cumbre de su poderío, y empieza a mostrárenos con más claridad el origen, mecanismos y consecuencias del poder personal basado en la violencia. Leemos: "La madrugada en que desembarcó furtivamente con una vieja maleta de cartón amarrada con cuerdas y la orden de someter al pueblo a cualquier precio, fue él quien conoció el terror. Su único asidero era una carta para un oscuro partidario del gobierno que había de encontrar al día siguiente sentado en calzoncillos a la puerta de una piladora de arroz. Con sus indicaciones, y la entraña implacable de los tres asesinos a sueldo que lo acompañaban, la tarea había sido cumplida" (8). Así en cuanto al origen del poder personal del alcalde el asunto es claro: el deseo de someter al pueblo, deseo que proviene, lógicamente, de otro poder mayor que el del alcalde, y al cual está subordinado. Aunque no se nos dan más informaciones en la novela sobre tal poder, en par-

te debido al aislamiento del pueblo cuya única comunicación con el exterior parece ser la fluvial, podemos conocer una de sus características siguiendo el análisis efectuado por Fromm. Tal característica sería el sadismo. Este concepto, que ha recibido principalmente una connotación sexual, o una referencia al gusto por el maltrato de los demás, recibe una elaboración mucho más amplia y sistemática de parte de Fromm, quien dice: "propongo que el fondo del sadismo, común a todas sus manifestaciones es la pasión de tener poder absoluto e irrestricto sobre un ser vivo" (9). Así, si creemos que lo esencial en el sadismo es el deseo de poder absoluto sobre un individuo o grupo de individuos, y recordamos que quien o quienes enviaron al alcalde lo hicieron con la finalidad de someter totalmente al pueblo, o lo que es lo mismo, de obtener poder sobre él, sin importar el precio que esto requiera, es fácil concluir el fuerte elemento sádico que contiene este poder. Sin embargo, me interesa centrarme aquí en el poder que realmente actúa en la novela: el del alcalde. Este, a su vez, manifiesta también un alto componente sádico en la manera absoluta y arbitraria en que se impone sobre la población, y por los métodos, terriblemente violentos, que utiliza para alcanzar y mantener tal dominio. Este violento absolutismo, que no aparecía en el poder colectivo planteado anteriormente por García Márquez, marcará como con un hierro al poder personal, constituyéndose de hecho en una de sus principales características. Entre los métodos para conquistar y mantener el poder están la extorsión, el chantaje, el asesinato político (mezclado casi siempre con motivaciones económicas), la tortura, el uso de soplones, etc. En cuanto a las consecuencias de este poder personal tenemos la esterilidad afectiva, la soledad y la incomunicación. El alcalde, odiado por los otros, se muestra incapaz de interesarse seriamente por las demás personas y de comunicarse con ellas. Incluso la sexualidad, cuya realización supone un mínimo de interés, siquiera físico, por otras personas, parece estar muerta en el alcalde, como lo vemos en el episodio con Casandra, la maga del circo. Este desinterés, esta incomunicación, redundan en una total soledad.

Todo parece indicar que la pasión por el poder, llevada a este grado, aniquila cualquier otro interés que pudiera tener el individuo en el mundo que lo rodea, produciendo una fuerte deformación de la personalidad. Resulta útil aquí remitirse una vez más al esquema planteado por Erich Fromm en su *Anatomía*. Para él, el carácter humano está

constituido por un conjunto de pasiones, algunas de las cuales, como el amor, favorecen la vida, mientras que otras como el odio y el deseo de poder absoluto, la desalientan. Tales pasiones tienen como finalidad darle sentido a la vida del hombre y sin ellas el hombre dejaría de ser lo que es. Desde este punto de vista, cualquier pasión, sea positiva o negativa, puede resolver el problema existencial del hombre, afirmando Fromm al respecto: "La verdad es que todas las pasiones humanas, tanto las 'buenas' como las 'malas' pueden entenderse solamente como el intento por una persona de que la vida tenga sentido, y de trascender la existencia trivial, mera sustentadora de la vida. (...) si bien las pasiones fomentadoras de la vida conducen a una mayor sensación de fuerza, alegría, integración y vitalidad que la destructividad y crueldad, estas son no menos que aquellas una solución al problema de la existencia humana", para concluir: "Estas consideraciones no implican de ninguna manera que la destructividad y la crueldad no sean vicios; lo único que significan es que el vicio es humano" (10). Aunque lo más usual es que el hombre sea una extraña mezcla de pasiones 'buenas' y 'malas', se da el caso de hombres en que hay un total predominio de una pasión sobre las demás. Cuando es la pasión de poder la que domina, estamos en presencia de un alcalde, de un patriarca.

Socialmente, las consecuencias del poder son, como se ha visto anteriormente, nefastas. Vemos a un pueblo dividido por irreconciliables odios políticos, dominado por los resentimientos, y viviendo en un perpetuo temor. Una buena muestra de esta descomposición social provocada por el uso abusivo del poder, es la plaga de pasquines que actúa como detonante de la tensa situación. Después de algún tiempo de violencia contenida, y a raíz del asesinato, no ordenado pero acuerpado por el alcalde, de Pepe Amador, acusado de pegar pasquines, la violencia estalla una vez más de manera abierta. Las cárceles vuelven a llenarse, y los hombres vuelven a la guerrilla. Esta resistencia popular, que no se menciona ni en "Los funerales de la Mamá Grande", ni en *El otoño*, y que si aparecerá en *Cien años*, diferenciará dos tipos de poder personal: el que ha logrado interiorizarse en la conciencia de los dominados, y el que no lo ha logrado, como el del alcalde. Esta interiorización es lograda en buena parte gracias a procesos mitificadores, que permiten transmitir a la gente una imagen distorsionada del poder establecido, que es visto como inevitable, natural y conveniente.

En *Cien años* el tema del poder aparece constantemente, pero aquí me centraré tan sólo en dos procesos: la incorporación de Macondo al poder político nacional y la transformación del coronel Aureliano Buendía. En los inicios de Macondo, y por empeño de su fundador José Arcadio Buendía, la población empieza a crecer de manera armónica y pacífica. José Arcadio, actuando como líder con la aprobación de los demás habitantes, toma una serie de disposiciones que traen la prosperidad a la aldea. Dice la novela: "José Arcadio Buendía, que era el hombre más emprendedor que se vería jamás en la aldea, había dispuesto de tal modo la posición de las casas que desde todas podía llegarse al río y abastecerse de agua con igual esfuerzo, y trazó las calles con tan buen sentido que ninguna casa recibía más sol que otra a la hora del calor. En pocos años Macondo fue una aldea más ordenada y laboriosa que cualquiera de las conocidas hasta entonces por sus 300 habitantes. Era en verdad una aldea feliz, donde nadie era mayor de treinta años, y donde nadie había muerto" (11). Macondo en esa época estaba aislado del poder político imperante en la nación; pero esto, lejos de traer el desorden, preserva el orden y fomenta la prosperidad. Pese al indiscutible ascendente y autoridad que ejerce José Arcadio, no es lícito afirmar que él tuviera algún poder sobre los demás, quienes le obedecían por voluntad propia. Estamos en presencia de lo que Erich Fromm llama autoridad racional. Todo esto empieza a cambiar con la llegada del poder político, cuyo primer representante es don Apolinar Moscote, nombrado por el gobierno corregidor de Macondo. Con él se introducen las discordias que azotaban a la nación, y empiezan los problemas en el pueblo. Si anteriormente los habitantes aceptaban voluntariamente las disposiciones de José Arcadio, ahora se hace necesario que don Apolinar traiga soldados para hacer cumplir órdenes como la de que todas las casas deben pintarse de azul. Con todo, don Apolinar accede a convivir pacíficamente con el resto del pueblo, hasta que llegan las elecciones, se produce un fraude electoral, y Macondo es ocupado militarmente, quedando expuesto a las arbitrariedades de los soldados, quienes entre otras cosas asesinan a una mujer. Con esto se llega a la llamada por Fromm autoridad irracional, que no es otra cosa que el ejercicio abusivo del poder. El proceso sufrido por Macondo muestra una notoria similitud con lo ocurrido, según Fromm, durante el neolítico, con el paso de la autoridad racional a la irracional, que es descrita en los siguientes tér-

minos: "en la aldea neolítica, así como entre los cazadores primitivos, los dirigentes guiaban y aconsejaban al pueblo y no lo explotaban y su directiva era aceptada voluntariamente o, para decirlo de otro modo, la autoridad prehistórica era una autoridad 'racional' que radicaba en la competencia, mientras que la autoridad del nuevo sistema patriarcal se basaba en la fuerza y el poder, era explotadora, por mediación del mecanismo psíquico del miedo, el 'respeto pavoroso' y la sumisión. Era una 'autoridad irracional'" (12). Hay en este proceso sufrido por Macondo un aspecto interesante, que vale la pena señalar porque constituirá una constante del poder: independientemente del carácter de la persona que lo ejerce, ésta acabará adoptando, tarde o temprano, una actitud arbitraria. Ejemplos de lo anterior son: don Apolinar Moscote, el coronel Aureliano Buendía, su hermano y el mismo patriarca.

La evolución del coronel Aureliano Buendía es particularmente significativa ya que para él el largo viaje hacia el poder representa, simultáneamente, un largo proceso de deshumanización, de aniquilamiento espiritual. Los primeros contactos de Aureliano con la política los tiene éste a través de su suegro, don Apolinar, dándose cuenta del fraude electoral y otras arbitrariedades de los conservadores. Por esto se hace liberal, pero cuando el doctor Noguera, quien pasaba por liberal, le expone su plan para una serie de asesinatos políticos, le responde: "Usted no es liberal ni es nada —le dijo Aureliano sin alterarse—. Usted no es nada más que un matarife", por lo que "después supo Aureliano que el doctor lo había deshauciado como hombre de acción, por ser un sentimental sin porvenir, con un carácter pasivo y una definida vocación solitaria" (13). De todo esto lo único que posteriormente exhibirá el coronel será la vocación solitaria. Este hombre, que entra a la guerra lleno de ideales, le dirá algún tiempo después a su amigo el coronel Gerineldo Márquez que estaba peleando por orgullo, y que el partido liberal ya no significaba nada para él. El proceso de deshumanización se ahonda cada vez más y así, cuando le dice al general José Raquel Moncada, a quien acaban de condenar a muerte, que no es él sino la revolución quien lo fusila, éste le contesta: " 'Probablemente', dijo. 'Pero lo que me preocupa no es que me fusiles, porque al fin y al cabo, para la gente como nosotros esto es la muerte natural'. (...) 'Lo que me preocupa —agregó— es que de tanto odiar a los militares, de tanto combatirlos, de tanto pensar en ellos, has terminado por ser igual a ellos. Y no hay

un ideal en la vida que merezca tanta abyección' " (14). Estamos en la misma época en que se hace rodear de un círculo de tiza al que no puede entrar ni su madre. Continúa la guerra con todas sus miserias, dándose hechos como la alianza de los terratenientes conservadores con los liberales para evitar la revisión de los títulos de propiedad, y el saqueo y destrucción de la casa de la viuda del general Moncada efectuado por la guardia personal de Aureliano. Todo esto culmina cuando, por hacer patente la traición que estaba cometiendo Aureliano al firmar un documento en que renunciaba a todos sus ideales, éste hace condenar a muerte a su amigo íntimo, el coronel Gerineldo Márquez. Antes de la ejecución, y después de que su madre lo amenaza con matarlo con sus propias manos si fusila a Gerineldo, toma Aureliano conciencia de su situación, y se dedica por todos los medios a tratar de terminar la guerra, cosa que logra mediante el tratado de Neerlandia. Tras la firma del tratado intenta suicidarse, pero fracasa, y acaba muriendo pacíficamente y en el olvido. De esta manera evita llevar el proceso de aniquilamiento espiritual hasta las últimas consecuencias, como le sucede al patriarca.

Después de la exitosa publicación de *Cien años*, viene un período durante el cual, excepto reediciones de obras anteriormente publicadas o ediciones de obras escritas antes de *Cien años* pero no publicadas hasta entonces, García Márquez no publica nada. Este silencio se rompe en 1972, con la aparición del libro de cuentos titulado *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada*, que recoge narraciones escritas entre 1968 y 1972, con la salvedad de "El mar del tiempo perdido" escrita en 1961. Ahora bien, aunque el tema del poder aparece en los cuentos titulados "Muerte constante más allá del amor", "Blacamán el bueno vendedor de milagros" y principalmente el que da su título al libro, son pocos los elementos novedosos que aparecen aquí. En buena parte esto puede deberse a que la tarea principal a que estaba entregado el autor por estos años, la redacción de *El otoño*, absorbía sus más importantes reflexiones al respecto, por lo que estos cuentos deben haberle servido más bien para explorar otros temas que no fueran el del poder. Sin embargo vale la pena mencionar algunos rasgos que aparecen en el cuento de la cándida Eréndira y su abuela desalmada. El primero sería la increíble explotación y humillación que un poder puede imponer sobre el ser humano. Eréndira, prostituida por su abuela para cobrarse una deuda, debe acostarse con una

grandísima cantidad de hombres diariamente, mientras se encuentra encadenada a su cama para evitar que escape. Realmente, es esta la primera vez en que asistimos a un proceso tal de humillación y explotación en la obra de García Márquez. Otro aspecto interesante es la importancia que adquieren los métodos no-violentos de dominación. A excepción del encadenamiento al lecho, la abuela no utiliza ningún tipo de violencia física contra Eréndira, la cual sin embargo, acepta pasivamente su explotación. No está demás recordar que la dominación narrada en el cuento a través de la prostitución de Eréndira por su abuela no es más que la exacerbación de las antiguas relaciones entre ellas, que ya desde antes eran de opresión. Esta situación de dominación, entonces, a la cual Eréndira ve como algo normal, y que ya ha interiorizado, no necesita de constantes refuerzos para mantenerse, sino que la sola presencia de la abuela basta. Incluso al final, cuando ya la nieta la odia profundamente y desea su muerte, no se atreve a intentar matarla por sí misma, sino que comisiona de esto a Ulises, quien finalmente logra su cometido. Parece como si García Márquez quisiera mostrarnos a nivel individual, a través del caso de Eréndira y su abuela, las terribles relaciones de poder, de explotación y humillación que después nos mostrará a nivel social en *El otoño*. Sin embargo, hay que hacer notar un aspecto que distancia esta narración de las demás: el hecho de que aquí el poder es eliminado violentamente, lográndose a través de dicha rebelión la liberación final del oprimido.

Así llegamos a 1975, fecha de publicación de *El otoño*, que desde el punto de vista del tema del poder es sin lugar a dudas la obra más importante de García Márquez. En ella estamos en presencia de un poder absoluto, el del patriarca, que se ejerce sin ningún tipo de restricción, y que desemboca en la inercia histórica de la sociedad que regenta, así como en la aniquilación personal del déspota. Empezaré aquí por examinar un aspecto social del ejercicio de este poder desmedido, que es lo primero que salta a la vista: la irrespirable atmósfera de terror y violencia que ha impuesto el patriarca. Esta violencia, omnipresente, aparenta no tener ninguna racionalidad que la guíe, ejerciéndose muchas veces de manera no solamente arbitraria, sino gratuita. Hay momentos en que podríamos creer que al patriarca lo guían en su acción los principios enunciados por Maquiavelo, siendo un ejemplo de este tipo de acciones el exterminio de todos los personajes que se reúnen a festinar el botín del poder cuando a raíz de la muerte de Patricio Arago-

nés, su doble, creen muerto al patriarca. Esta escena narrada así: "barrieron con ráfagas de ametralladora a los que trataron de escapar por la puerta principal, cazaron como pájaros a los que se descolgaban por las ventanas, desentrañaron con granadas de fósforo vivo a los que pudieron burlar el cerco y se refugiaron en las casas vecinas y remataron a los heridos de acuerdo con el criterio presidencial de que todo sobreviviente es un mal enemigo para toda la vida" (15). Hasta aquí, no se da más que una aplicación del viejo principio maquiavélico de que a los enemigos, principalmente si son poderosos, hay que dejarlos en paz o eliminarlos, pero no ofenderlos y dejarlos vivir. Sin embargo, se abusa de este principio hasta la deformación en la escena del asesinato de Poncio Daza, efectuado con la única intención de satisfacer el apetito sexual que por su esposa sentía el patriarca, el cual, después de irrumpir en la alcoba del recién casado y de su mujer, y tras copular con ella, ordena el asesinato del marido alegando que no había otro remedio, "porque iba a ser un enemigo mortal para toda la vida". Esto, claro está, es tan solo una caricatura de Maquiavelo, quien había recomendado expresamente como medio para ayudar a mantenerse en el poder, el no tocar los bienes ni las mujeres de los gobernados. ¿Es esta arbitrariedad una simple muestra de la incapacidad del patriarca para atenerse a principios claros de acción, por muy crueles e inhumanos que sean; o es una norma de conducta? La respuesta correcta parece ser la segunda alternativa, esto es, que la arbitrariedad obedece a algún designio del déspota. Recordemos que el príncipe ideal propuesto por Maquiavelo no era en el fondo, más que un instrumento para unificar y dar cohesión política a una Italia desunida e impotente ante los invasores extranjeros. El príncipe, en esta perspectiva, respondía a las necesidades históricas de la sociedad de su época. El patriarca, en cambio, no responde a ninguna necesidad histórica similar, sino que es más bien un instrumento de los intereses extranjeros, contra los que tanto peleó Maquiavelo. En vez de unificar y dar dignidad nacional a su sociedad, el patriarca la divide y paraliza, y nada mejor para esto que la arbitrariedad y el terror. Recordemos, además, que esta imposibilidad de predecir su conducta es una de las maneras que tiene el patriarca de dominar más adecuadamente, ya que ante la ausencia de reglas establecidas para la acción del poder, la gente se encuentra paralizada, sin tener ninguna idea clara de como reaccionar. Por otro lado, nos dice Erich Fromm en su *Anatomía* que esta arbitrariedad e

imprevisibilidad es uno de los rasgos del sadismo, que goza con la incertidumbre y los terrores que causa en los demás.

Este no saber a qué atenerse permea a toda la sociedad en su relación con el patriarca, y así, "cuanto más ciertos parecían los rumores de su muerte más vivo y autoritario se le veía aparecer en la ocasión menos pensada para imponerle otros rumbos imprevisibles a nuestro destino" (16). Ligada íntimamente a la arbitrariedad, característica del poder absoluto que no tiene ninguna norma sobre sí a la cual deba atenerse, se encuentra la incapacidad crítica y el sentimiento de irrealidad que distinguen a la población sometida por el patriarca. Con respecto a la incapacidad crítica, ésta se nota en muchos campos, pero más fuertemente en la actitud que ante el patriarca tienen los gobernados. Así, por ejemplo, estos creen "que el plomo disparado a traición lo atravesaba sin lastimarlo, que el disparado de frente rebotaba en su cuerpo y se volvía contra el agresor, y que sólo era vulnerable a las balas de piedad disparada por alguien que lo quisiera tanto como para morirle por él" (17). Igualmente se creía que sobreviviría a una tercera venida del cometa, que era invulnerable al tiempo, a la peste y al ciclón, y que si llegaba a morir se producirían grandísimos desastres naturales. Todo este proceso de mitificación, fomentado hábilmente por el patriarca, redundaba en una total aceptación de su poder y de su persona, que se constituye más bien en el símbolo de la patria, de la estabilidad social, etc. La esencia de todo esto consiste en que el patriarca se presenta a sí mismo como alguien naturalmente destinado para el mando. Esta ideología tiene abundantes antecedentes en la historia del absolutismo, como el caso de Luis XIV, quien en su intento por absolutizar su poder echaba mano a teorías tan dispares como la de Hobbes y la del derecho divino de los reyes, ya que ambas tienen en común el dar por sentado la conveniencia del poder absoluto.

A diferencia de las obras anteriores de García Márquez en que las características del poder que en ellas se planteaban daban margen a la crítica y por tanto a la oposición, así fuera subterránea, en la sociedad mandada por el patriarca no hay ningún vestigio de oposición o rebelión popular. De hecho, en sus relaciones con los militares, el patriarca parece estar mucho más interesado en neutralizar los diferentes mandos y jefes oponiéndolos entre sí, que en utilizarlos contra el pueblo. Por ejemplo, se nos dice que gracias a las funciones de doble que cumplía Patricio Aragonés, "él dispuso

de más tiempo para ocuparse de las fuerzas armadas con tanta atención como el principio de su mandato, no porque las fuerzas armadas fueran el sustento de su poder, como todos creíamos, sino al contrario, porque eran su enemigo natural más temible, de modo que les hacía creer a unos oficiales que estaban vigilados por los otros, les barajaba los destinos para impedir que se confabularan, dotaba a los cuarteles de ocho cartuchos de fogueo por cada diez legítimos" (18). Lo anterior es perfectamente esperable en una sociedad que, como la del patriarca, se rige por la violencia, por la fuerza física, siendo por tanto realmente temible sólo quien pueda disponer de una buena cantidad de ésta. No habiendo ningún tipo de rebelión por parte de los oprimidos que pudiera ejercer algún grado de violencia contra el poder establecido, ni partidos políticos que pudieran encauzar las fuerzas adversas al gobierno, quedan los militares como únicos detentadores de algún poder real gracias a la fuerza de que disponen, con lo que se convierten en los únicos rivales de cuidado del patriarca.

Por otro lado, el ir y venir de golpes de estado, exitosos e infructuosos, de luchas intestinas entre los militares, luchas que se dan al margen del interés y participación populares, producen un sentimiento tal de desazón en la gente, que muchos prefieren que siga el reinado del patriarca a enfrentarse con la grave obligación de hacer la historia. Así, vemos cómo el día que muere la gente no sólo no puede creer que efectivamente ha muerto, sino que tampoco quiere hacerlo por temor a lo que podrá pasar después.

Se ha impuesto en la población una ideología de corte hobbesiano, en la cual la alternativa se da entre el poder absoluto y la anarquía, sin vislumbrarse otras posibilidades. El patriarca está consciente de esto y le dice a sus ministros y jefes militares que nadie quiere asesinarlo excepto ellos mismos, y que si no lo han hecho es tan solo por miedo, ya que saben que después tendrían que matarse unos a los otros. Esto lógicamente ayuda al déspota, quien conserva su poder no porque él solo sea más poderoso que los demás, sino porque siendo más poderoso que cualquiera de los otros militares, logra impedir que varios de ellos se unan contra él. Esta situación de continua sozobra que vive el patriarca, siempre en lucha por no ser arrojado del poder, es una muestra clara de que ni aún un poder tan absoluto como el suyo se puede ejercer sin sobresaltos, y que no hay ningún poder que sea estrictamente monolítico y sin fisuras. Ya Maquiavelo había apuntado que a menudo es más fá-

cil obtener el poder que retenerlo. Así muchas veces tiene el patriarca que ceder ante las presiones que sobre él se ejercen, teniendo incluso que aceptar actos que le desagradan profundamente, y que en ocasiones se dirigen abiertamente contra su voluntad. Así, aún cuando sabe, por ejemplo, que fueron los mismos militares los que asesinaron a Leticia Nazareno, su esposa, y a su hijo, se ve imposibilitado de tomar ninguna medida contra los culpables, ya que sabe que de hacerlo les estaría dando un motivo para que se unan en su contra. Otro buen ejemplo de este tipo de situaciones es cuando tiene entre manos el problema de los niños raptados para que no rebelen el fraude de la lotería, problema que él ignoraba que existía y que en un principio pensó investigar para responsabilizar a los culpables. Siendo estos los jefes militares, se nos dice de la reunión que efectúa con ellos: "reunió al mando supremo, catorce comandantes trémulos que nunca fueron tan temibles porque nunca estuvieron tan asustados, se tomó todo su tiempo para escrutar los ojos de cada uno, uno por uno, y entonces comprendió que estaba solo contra todos, así que (...) los absolvió de toda culpa con el puño cerrado sobre la mesa para que no le conocieran el temblor de la incertidumbre y les ordenó en consecuencia que continuaran en sus puestos cumpliendo con sus deberes con tanto celo y tanta autoridad como siempre lo habían hecho, porque mi decisión superior e irrevocable es que aquí no ha pasado nada, se suspende la sesión, yo respondo" (19).

Ya mencioné que uno de los efectos más notorios que produce el abusivo ejercicio del poder por parte del patriarca, con todos los mecanismos represivos e ideológicos que esto implica, es una aguda sensación de irrealidad, sensación que, curiosamente, es una de las cosas que emparentan al déspota y a sus gobernados, aunque adopta diversas facetas en ambos casos. Por otro lado, dichas sensaciones constituyen uno de los principales sostenes del régimen, que lo fomenta de muchas maneras. Así, vemos que, en un afán por ocultar su humildísimo origen, el acto de nacimiento de su madre desaparece, y en cambio aparecen tres actas distintas del patriarca, apareciendo en cada una de ellas de tres maneras distintas, como tres veces concebido de tres modos diversos, etc. Además, la increíble duración de su mando hace que hayan generaciones enteras que nunca lo han visto en persona, sabiéndose que las fotos que de él circulan son en muchos casos sumamente antiguas, por lo que algunos llegan a dudar de su misma existencia.

Esto hace, por ejemplo, que quienes descubren su cadáver tengan que guiarse para reconocerlo por indicios tales como el anillo del poder, la espuela de oro que siempre usaba, etc.; ya que además de que los gallinazos habían empezado a devorarlo, ninguno lo había visto con vida. Hay una serie de hechos que refuerzan esta sensación de irrealidad, que van desde la imprevisibilidad del accionar del poder, que ya he comentado, y que da a la política la sensación de un caos sin ningún orden, hasta casos tan concretos como la muerte de su doble, Patricio Aragonés, quien es envenenado. Tras esta muerte, que toda la población supone es la del patriarca, éste reaparece, con lo que reafirma creencias tan irrealizantes como la de su inmortalidad. Recordemos también que el poder del patriarca es tal, que en muchísimas ocasiones su intervención produce auténticas deformaciones en la realidad, como su decisión de que sea borrada de los libros de historia toda referencia al tiempo de los virreyes. O sea, que sectores enteros del pasado, importante elemento constituyente de la realidad social, son borrados de un plumazo por su autoridad. Como afirma la novela, "no había otra patria que la hecha por él a su imagen y semejanza con el espacio cambiado y el tiempo corregido por los designios de su voluntad absoluta, reconstituida por él desde los orígenes más inciertos de su memoria" (20).

En cuanto al futuro, nadie piensa muy seriamente en él porque el panorama social presenta un quietismo tan aplastante, que el futuro no parece ser otra cosa que una eterna prolongación del presente, sin ninguna posibilidad de cambio real. Si en muchas de las obras de García Márquez el tiempo tiende a dar la impresión de un permanente presente, en ninguna es esta sensación tan fuerte como aquí, aunque como ya he hecho notar, el tiempo en definitiva nunca se detiene no siendo cíclico ni estático. Esta sensación de irrealidad, de vivir en un ambiente onírico, de pesadilla, que manifiesta toda la sociedad, es perfectamente ejemplificado en el caso de Manuela Sánchez, la reina de belleza de quien el patriarca se enamora. En su afán por conquistarla, elimina a todos sus antiguos amigos y pretendientes; y un día, como regalo, le dice que se asome a la terraza y lo que ve Manuela es un barrio totalmente nuevo alrededor de su casa, construido sin que ella se diera cuenta. Esta tremenda distorsión de la realidad, que al final la muchacha no soporta, la hace huir para no volver a aparecer jamás.

Hemos visto, entonces, cómo el poder se man-

tiene básicamente en base a dos tipos de recursos: de un lado, la violencia física, que el patriarca ejerce a través de los militares; del otro, toda una serie de procesos ideológicos que tienden a interiorizar nociones como la de la naturalidad del poder del déspota, la eternidad de su mando, etc. Ya Rousseau había apuntado, en el *Contrato Social*, que el más fuerte nunca es lo bastante fuerte para mantenerse en el poder sino transforma su fuerza en derecho y la obediencia en deber, esto es, si no interioriza en las mentes de los gobernados la necesidad de plegarse a su mando.

Ambos recursos acaban con toda resistencia efectiva, tanto en la acción práctica como en el campo intelectual, llevando al letargo social que permite que el patriarca gobierne hasta su muerte. Aún en sus tiempos de mayor decadencia física, al final de su gobierno, el poder del patriarca se mantiene indiscutido gracias a la inercia social que imposibilita, mientras el déspota esté vivo, que a nadie se le ocurra siquiera la posibilidad de relevarlo del poder. Es este un caso extremo de lo que Fromm llama la autoridad de las investiduras, en las que lo que posibilita el mando no es la competencia o idoneidad del individuo, sino todo el poder con que se ha investido previamente el cargo o, en este caso, a la persona misma del patriarca.

Sin embargo, algunos de los peores efectos del poder no los sufren los gobernados, sino, irónicamente, el déspota. El mismo proceso de aniquilamiento espiritual, que empezaba a apuntarse con claridad en el caso del alcalde de *La mala hora*, y se hacía más patente en el del coronel Aureliano Buendía en *Cien años*, es llevado ahora hasta sus últimas consecuencias debido a que el poder, causante de dicho proceso, es también llevado hasta sus últimos extremos. Así, la soledad del patriarca, por ejemplo, es total. Carece completamente de amigos, y aún las personas más allegadas a él, como el general Rodrigo de Aguilar, acaban por traicionarlo. Hay un momento en que está tan solitario que exclama con pesar que ya no le quedan ni enemigos. Esta soledad parece ser inevitable, ya que el ejercicio del poder implica la perenne desconfianza de quien lo ejerce hacia todos aquellos que lo rodean. Son tan fuertes y constantes las ambiciones y traiciones que se dan a su alrededor, que el patriarca comprueba en muchas ocasiones, con la extraña lucidez que a veces exhibe, "que el enemigo más temible estaba dentro de uno mismo en la confianza del corazón, que los propios hombres que él armaba y engrandecía para que sustentaran su régimen acababan tarde o temprano por escupir

la mano que les daba de comer (...) había conquistado para ellos el respeto y el pan, y sin embargo no tenía un instante de sosiego tratando de ponerse a salvo de su ambición" (21). Al patriarca le ha sucedido lo que según Fromm le sucedió a Calígula: que al ir excluyendo a todas las personas de su esfera privada de confianza para poder ir concentrando cada vez más un poder siempre creciente, acaba por excluirse a sí mismo del mundo, con lo que llega a la absoluta soledad. Podría afirmarse incluso que uno de los elementos que permiten al patriarca conservarse en el poder es esta tremenda vocación de solitario, que le permite vivir sin tener confianza en nadie, ni aún en su madre ni esposa, lo que, combinado con una total reserva acerca de sus propios pensamientos y la inexpresividad que lo caracteriza (señales ambas de incomunicación con el mundo), hace que sus designios sean siempre impenetrables para los demás. Así, mientras él muestra una gran capacidad para escrutar las intenciones de quienes lo rodean, estos se hallan en la imposibilidad de hacer lo mismo con él. Esta lucidez, por tanto, que le permite superar muchos de los peligros a que se ve expuesto, lo conduce también al total aislamiento en que vive. Por tanto, vemos que su soledad se alimenta de dos fuentes principales: una estructura de carácter que tiende a la soledad, a la incomunicación, y que le permite mantenerse hermético ante los demás, como resulta necesario a toda persona con mucho poder; y una lucidez que le permite escrutar las intenciones de quienes le rodean, y que al mostrarle en ellos una serie de intereses que atenten contra los suyos, le llevan a encerrarse más en sí mismo.

Esta inmensa soledad se refleja en las relaciones con su esposa Leticia Nazareno, quien "lo había conseguido todo de él menos el privilegio fácil de que amaneciera con ella en la cama, pues él se iba después del último amor, colgaba la lámpara de salir corriendo en el dintel de su dormitorio de soltero viejo, se tiraba boca abajo en el suelo, solo y vestido, como lo había hecho todas las noches antes de tí, como lo hizo sin tí hasta la última noche de sus sueños de ahogado solitario" (22). Un caso parecido es el de José Ignacio Sáenz de la Barra, quien llega a tener un inmenso poder, y de quien se dice que no tiene mujer conocida, que no es marica ni tiene un solo amigo, que desconfía hasta del espejo, y que toma sus decisiones sin consultarlas con nadie.

Otra de las consecuencias que el ejercicio del poder le trae al patriarca es su alejamiento de la realidad, el cual se va incrementando en la misma

medida en que lo hacen su poder y el miedo que impone a los demás. Tal alejamiento, que a primera vista pareciera estar en contradicción con la lucidez que muestra en sus relaciones con las demás personas, es algo perfectamente predecible si nos fijamos en la enorme deformación que caracteriza al tipo de relaciones que se dan entre él y las demás personas. En efecto, siendo el patriarca una persona tan poderosa y cruel, es de esperar que en su presencia todos los demás se comporten de la manera que esperan le sea más agradable, aún a costa de que esto implique engañarlo. Vemos, por ejemplo, cómo los gallos del patriarca nunca pierden sus peleas, pero nos enteramos de que esto se debe a que las demás personas entrenan a los suyos para que así ocurra por temor a ganarle. Igual sucede en el juego de dominó, en donde se lamenta de que no tiene a nadie que se atreva a ganarle una partida, por muchas trampas que en ocasiones se hace a sí mismo para perder. A este miedo que provoca su sola aparición, y que deforma el comportamiento de los demás en su presencia, hay que añadir otros dos importantes factores que coinciden para constituir alrededor del patriarca un mundo irreal: el interés que tienen algunos en aislarlo de la realidad por evitar su intromisión cuando ésta no es deseada; y el celo que ponen sus aduladores y sirvientes en complacerle todos sus gustos y deseos, incluso antes de que los manifieste. Sabiendo, por ejemplo, la emoción que le causó al patriarca el ser saludado con gran entusiasmo por la muchedumbre durante una visita al puerto, sus servicios de seguridad le organizan manifestaciones semejantes en muchas otras partes, que el patriarca se imagina son sinceras y espontáneas. El mejor ejemplo de este tipo de engaño es lo que le sucede cuando en su senilidad se interesa sexualmente por las niñas. Después de seducir a una escolar, con la cual mantiene unas extrañas relaciones durante algunos años, provocando en la niña una auténtica pasión, ella es sustituida por otras que resultan no ser otra cosa, para su decepción, que jóvenes prostitutas del puerto disfrazadas para que complazcan todos sus gustos y caprichos. Hay que hacer notar, sin embargo, que el patriarca no siempre es totalmente ajeno a esta distorsión de la realidad, interviniendo a veces en ella activamente, como cuando expresa su deseo de que las novelas que ve y escucha tengan todas un desarrollo feliz, en donde los buenos ganen siempre, deseo que lógicamente es complacido. Hay veces en que este tipo de situaciones dan lugar a una extraña mezcla de lucidez y engaño; como cuando al leer un periód-

dico, se da cuenta al instante de la tremenda deformación que presentan las noticias, pero ignora que de tal periódico se edita un solo número para que él lo lea y se haga una idea equivocada de la marcha del país. Realmente son pocas las ocasiones en que la realidad se le muestra al desnudo, como sucede después de la muerte de su doble, cuando la gente, creyendo que él ha muerto, da rienda suelta al júbilo que le produce tal noticia, siendo todo esto presenciado por él.

He dicho anteriormente que sólo en apariencia hay una contradicción entre la lucidez mostrada por el patriarca en sus relaciones con los demás, y el total aislamiento en que llega a encontrarse. La razón de esto está en que el déspota es lúcido o ingenuo a conveniencia propia; lúcido, cuando debe desentrañar intenciones ocultas que podrían perjudicarlo o menoscabar su poder, e ingenuo cuando la irrealidad que le presentan resulta alimento conveniente para su narcisismo. Este narcisismo, dentro de la concepción de Fromm, puede ser causa de irrealidad y agresividad, ya que la persona afectada por él se aferrará con todas sus fuerzas a su imagen narcisista, que es la que le proporciona su sentimiento de valía; y todo indicio que tienda a resquebrajar tal imagen será ignorado, o provocará una violenta reacción de rechazo. Así, la lucidez y la aceptación inconsciente de la irrealidad para él construida, que equivale a una repulsa de la realidad, no son más que dos elementos que coadyuban a una misma finalidad: el mantenimiento del poder y del equilibrio psíquico, ambos igualmente inestables, por parte del patriarca.

De igual manera, y siguiendo nuevamente el esquema de Fromm hay que decir que no existe tampoco contradicción entre el inmenso poder que ejerce el patriarca, y el sometimiento que demuestra ante Sáenz de la Barra. Apunta Fromm: "Otro elemento del síndrome es la sumisión y cobardía del sádico. Puede parecer una contradicción que el sádico sea sumiso, pero no lo es... dinámicamente hablando es necesario que así sea. Es sádico porque se siente impotente, sin vida ni poder. Compensa este defecto teniendo poder sobre otros, transformando en un dios el gusano que él siente ser. Pero incluso el sádico con poder padece de su impotencia humana. Podrá matar y torturar, pero no deja de ser por eso una persona sin amor, aislada y asustada, que necesita un poder superior al que someterse" (23). Una vez más, sorprende la genial agudeza con que trata García Márquez los temas en que se interesa, especialmente si recordamos que todo esto es logrado en base a intuición

y reflexión sobre los datos que le presenta la realidad al autor, que en ningún momento parece recurrir a esquemas teóricos, en este caso de corte psicológico, previamente formulados, y con los cuales sin embargo acaba coincidiendo.

Una última consecuencia que veremos aquí, y que como he dicho aparece ya en obras anteriores, es la incapacidad afectiva demostrada por el patriarca. Esta incapacidad, que a diferencia del alcalde y a similitud del coronel Aureliano Buendía, no excluye una activísima pero enajenante vida sexual, se hace patente en la imposibilidad que muestra el patriarca de establecer relaciones afectivas profundas y duraderas con otras personas. Hay momentos en que pareciera lograr la superación de esta incapacidad, pero si examinamos estos casos nos daremos cuenta de que ello no es así. El primero lo constituiría su madre, Bendición Alvarado, a quien por momentos parece querer entrañablemente; pero no impidiendo esto que la destierre a una mansión en los suburbios cuando su incultura lo pone en situaciones embarazosas, y a quien tiene la confianza suficiente para contarle sus problemas. Por otro lado, se muestra bastante avergonzado de los orígenes de ella, y en todo el asunto de su anhelada canonización parece haber más orgullo que amor filial. En cuanto a Leticia Nazareno, su legítima esposa, la relación con ella se da a través de una cierta sumisión, que llega a hacer de Leticia el poder tras el trono. Además, prefiere perdonar a sus asesinos antes que castigarlos y arriesgarse a perder el poder, llegando a olvidarla totalmente al poco tiempo. Niega tener conocimiento de lo que ella hace cuando esto le conviene, pareciendo que el cálculo político está sobre cualquier otra cosa, incluyéndola a ella. Igual sucede con Rodrigo Aguilar, su más cercano compadre, y a quien no duda en matar cuando tiene indicios de que piensa traicionarlo.

El caso más interesante parece ser el de su relación con la niña ya mencionada, con la cual se compenetrará afectivamente, y a quien le confía todas sus frustraciones íntimas. Lo anterior puede deberse a que el patriarca, con su lucidez, se da cuenta del total desinterés que caracteriza a la niña, quien lo quiere sin esperar nada a cambio, excepto la ternura que él es capaz de darle y que no encontrará posteriormente en ningún lado. Sin embargo, hay dos hechos que hacen dudar del amor del patriarca; la decisión de enviar a la niña al extranjero en compañía de sus padres, tras la entrega de una gran cantidad de oro, y la facilidad con que

la olvida y la sustituye por otras supuestas niñas. Una posible justificación a su decisión de alejar a la niña es justamente el miedo que debe haber sentido el patriarca ante el afloramiento de su afectividad, que constituye un grave peligro para él, ya que implica crearse un punto débil ante sus adversarios. Ya decía Francis Bacon que quien tiene esposa e hijos, esto es, personas amadas, ha dado rehenes a la fortuna, siendo impedimentos para las grandes empresas, entre las cuales habría que incluir el ejercicio del poder.

Fuera de las ya citadas, y la trunca y estéril relación con Manuela Sánchez, las relaciones del patriarca son o bastante instintivas, como con las concubinas; o desagradables e impuestas por las circunstancias, como con sus colaboradores civiles y militares. Una vez más la pasión de poder ha aniquilado todos los demás intereses de la persona que la experimenta. Tal pasión, que no es nunca totalmente satisfecha, aniquila lentamente a quien se entrega a ella. Es por eso que afirma la novela que el patriarca "se había cebado en la falacia y el crimen, había medrado en la impiedad y el oprobio y se había sobrepuesto a su avaricia febril y al miedo congénito sólo por conservar hasta el fin de los tiempos su bolita de vidrio en el puño sin saber que era un vicio sin término cuya saciedad generaba su propio apetito hasta el fin de los tiempos mi general" (24).

Hasta ahora he hablado principalmente de los efectos que tiene el poder en las personas que lo ejercen y en las sociedades en que es ejercido. Tomando en cuenta todas estas manifestaciones suyas, trataré de dar ahora algunas conclusiones generales sobre el poder en sí, no sin antes hacer dos aclaraciones.

En primer lugar, hay que advertir que cuando se ha hablado aquí de poder absoluto debe entenderse esta expresión simplemente como una indicación de que quien lo ejerce, en su relación con los gobernados, no debe respetar ninguna norma de conducta que esté sobre sí. Esto significa que dicho poder es absoluto en relación con la sociedad sobre la cual se ejerce, no implicando lo anterior que tal poder no deba, a su vez, plegarse ante otros poderes más fuertes que él. Así, aunque el patriarca tenga poder absoluto sobre sus gobernados, está en buena parte supeditado a las potencias extranjeras, a cuyos mandatos muchas veces no puede resistirse.

En segundo lugar, he tratado aquí, de manera casi exclusiva, acerca del poder arbitrario, cuyo ejercicio no discurre por causas legalmente estable-

cidas, y cuyo origen lo es casi siempre la violencia. El hecho de referirme a este tipo de poder, que suele ser eminentemente destructivo es lo que hace posible aplicarle a su estudio el análisis que sobre la destructividad humana hace Erich Fromm en su libro. Queda excluido de nuestro análisis, por tanto, el tipo de poder que se constituye legalmente y que obedece al deseo mayoritario de la sociedad en la cual se ejerce.

Parece responder el poder aquí analizado a una pasión de mando que sienten los que acaban ejerciéndola, pasión que trata siempre de eliminar toda traba que se le presente sin importar el precio que esto traiga consigo. El hecho de que para el ejercicio del poder haga falta una personalidad muy especial ya fue entrevisto por Maquiavelo, al analizar la facilidad con que lo pierden aquellas personas que no lucharon y se interesaron previamente por él. Lógicamente, esta pasión que sienten algunas personas, y que está afincada en su estructura de carácter, no podría expresarse si no se contara con los elementos sociales adecuados para su desarrollo. Así, por ejemplo, siendo este poder ejercido casi siempre en forma violenta, encontrará un ambiente más adecuado para su surgimiento en sociedades que se encuentran sometidas a procesos de violencia generalizada o que cuentan en su seno con estructuras de poder cuya base es la fuerza, como las militares; mientras que en sociedades tradicionalmente pacíficas, sin fuertes grupos de presión cuya fuerza radica en el uso, actual o potencial, de la violencia física, este poder encontrará más obstáculos a su desarrollo. Otras condicionantes sociales que favorecen el desarrollo de tal tipo de poder serían la ignorancia, la pobreza, la falta de conciencia histórica, la presencia de regímenes anteriores de tal tipo, el colonialismo, etc.

En cuanto al origen histórico del poder autoritario, podemos decir que se encuentra en las relaciones de explotación de algunos grupos sociales por otros. Tales relaciones, que evidentemente no serán aceptadas de buen grado por los grupos explotados, solo pueden mantenerse, por lo menos al principio, por medio de un poder de tal tipo. Posteriormente harán su aparición otros tipos de poderes que, gracias a procesos de interiorización de los esquemas de dominación, harán posible dicha explotación sin tener que recurrir de manera constante y abierta a la violencia. Sin embargo, ningún poder se mantiene sin el ejercicio de alguna violencia, aunque esta sea reducida y se administre de manera discreta y 'legal'; amén de que el tipo de poder arbitrario y brutal es una presencia harto

común aún en nuestros días.

Recordemos que no en todas las sociedades se dan auténticas relaciones de poder existiendo culturas, como las pequeñas tribus de cazadores y recolectores, en donde lo que parece darse son relaciones de autoridad, y no un auténtico poder. Hablar de poder en estos casos sería probablemente, abusar del vocablo. Esto implica que no toda sociedad tiene en su seno, de manera necesaria e inevitable, relaciones de poder, aunque sí es claro que toda sociedad requiere un cierto grado de organización y autoridad. Dentro de la obra de García Márquez, tal tipo de sociedad encuentra su ejemplo en el Macondo anterior a la llegada de don Apolinar Moscote, en *Cien años*.

Una vez que se empieza a instituir el poder autoritario, abusivo, la tendencia es hacia un fortalecimiento cada vez mayor de dicho poder, pudiendo llegar éste a ser absoluto. El proceso de fortalecimiento del poder conlleva, a su vez, un doble proceso degenerativo: por un lado, se da el aniquilamiento de toda estructuración psíquica que pudiéramos llamar normal en la persona o personas que lo ejercen; y por el otro, se da un fuerte proceso de descomposición social. Dichos procesos van necesariamente ligados al crecimiento del poder, ya que, como se ha visto, la estructuración de las fuerzas y relaciones sociales y personales necesarias para el mantenimiento y crecimiento del poder, hacen inevitables tales procesos. Me limito aquí a dar un ejemplo de cada uno de ellos. Es inevitable que una persona que ha concentrado en sí un inmenso poder, no acabe viviendo en un mundo casi totalmente irreal, por la tremenda distorsión que tendrán sus relaciones con las demás personas. Igualmente, es inevitable que en una sociedad en la cual se ejerce tal tipo de poder, no sufra una cierta deformación en su visión del mundo, provocada por el constante terror a que se ve sometida, y que permite el mantenimiento del poder establecido. Tal oposición entre los intereses vitales del poder y los sociales es perfectamente expresado por uno de los innumerables personajes anónimos de la novela

cuando dice que, "en el principio de su otoño, la nación estaba todavía bastante viva como para que él se sintiera amenazado de muerte hasta en la soledad de su dormitorio" (25).

Así, pareciera que el poder engendrara una cierta dialéctica, tanto a nivel personal como social, que escapa al menos en cierto grado al control de quienes sufren el poder, e incluso de quienes lo detentan. Esta dialéctica hace que muchas veces el proceso social y personal que provoca desemboque en situaciones no previstas, e incluso contrarias a las buscadas. Vemos cómo el patriarca, quien en muchas ocasiones dice que toda su búsqueda del poder empezó por su atávico deseo de ver el mar (y recordemos toda la relación simbólica entre el mar y la muerte), acaba teniendo que entregarlo al imperialismo, contra todos sus deseos, y como única manera de mantenerse en el poder. Por tanto, ningún poder está destinado a mantenerse para siempre, ni el del patriarca, y el mismo poder engendra las condiciones de su superación.

Queda claro, entonces, la fuerte presencia y gravitación que el tema del poder tiene en García Márquez, quien a través de sus obras lo va desarrollando de manera aguda y magistral, aportando un riquísimo material para su estudio. Es notable, además, cómo partiendo el autor de situaciones muy concretas y con un casi privativo componente latinoamericano, llega a conclusiones generales, universales, sobre el drama del poder. Lo que se inicia en el discreto Macondo de *La hojarasca* con la negativa del pueblo a enterrar un médico culmina, después de un interesantísimo desarrollo, en la tremenda alegoría y mitificación del poder que es el patriarca. Esta mitificación, sin embargo, no es más que una manera de alcanzar la universalidad en el desarrollo de un tema ya maduro en el pensamiento del autor, no implicando un distanciamiento de la realidad que lo origina, ya que, como afirma García Márquez, lo falso "es pensar que lo mítico prevalece sobre lo histórico sin pensar que llega un momento en que la historia es la que se mitifica. La creadora de mitos es la historia y la literatura nada más da cuenta de ello" (26).

CITAS

- (1) Maldonado-Denis, Manuel; *La violencia en la obra de García Márquez*, Bogotá, Ediciones Suramérica, 1977, p. 11.
- (2) García Márquez, Gabriel; *El otoño del patriarca*, Barcelona, Plaza & Janés S. A., 1975, p. 271.
- (3) Mejía Duque, Jaime; "El otoño del patriarca" o la crisis de la desmesura, Medellín, Editorial La Oveja Negra, 1975, p. 97.
- (4) García Márquez, Gabriel, *Los funerales de la Mamá Grande*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1976, p. 25.

- (5) Cf. Fromm, Erich; *Anatomía de la destructividad humana*, México, Siglo XXI Editores S. A., 1980, p. 273 y ss.
- (6) García Márquez, Gabriel; *Los funerales de la Mamá Grande*, p. 138.
- (7) *Ibid.*; p. 133.
- (8) García Márquez, Gabriel; *La mala hora*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1973, p. 160.
- (9) Fromm Erich; *Op. Cit.*, p. 290.
- (10) *Ibid.*; p. 24.
- (11) García Márquez, Gabriel; *Cien años de soledad*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1970, p. 15-16.
- (12) Fromm, Erich; *Op. Cit.*, p. 173.
- (13) García Márquez, Gabriel, *Cien años de soledad*, p. 191.
- (14) *Bid.*; pp. 140-141.
- (15) García Márquez, Gabriel; *El otoño del patriarca*, p. 35.
- (16) *Ibid.*; pp. 47-8.
- (17) *Ibid.*; p. 49.
- (18) *Ibid.*; p. 17.
- (19) *Ibid.*; p. 112.
- (20) *Ibid.*; p. 171.
- (21) *Ibid.*; p. 116.
- (22) *Ibid.*; p. 191.
- (23) Fromm, Erich; *Op. Cit.* p. 293.
- (24) García Márquez, Gabriel; *El otoño del patriarca*, p. 270.
- (25) *Ibid.*; p. 10.
- (26) Sheridan, Guillermo y Pereira, Armando; (*entrevista*), No. 30, Vol. 6, 1976, Suplemento sin numeración.

BIBLIOGRAFIA

- García Márquez, Gabriel; *Ojos de perro azul*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1976, 6a. edición.
- García Márquez, Gabriel; *La hojarasca*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1977, 14a. edición.
- García Márquez, Gabriel; *El coronel no tiene quien le escriba*, Editorial Sudamericana, 1976, 20a. edición.
- García Márquez, Gabriel; *Los funerales de la Mamá Grande*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1976, 18a. edición.
- García Márquez, Gabriel; *La mala hora*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1973, 10a. edición.
- García Márquez, Gabriel; *Cien años de soledad*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1970, 16a. edición.
- García Márquez, Gabriel; *La increíble y triste historia de la Cándida Eréndira y de su abuela desalmada*, Caracas, Monte Avila Editores, 1972, 1a. edición.
- García Márquez, Gabriel; *El otoño del patriarca*, Barcelona, Plaza & Janés S. A. Editores, 1975, 1a. edición.
- Benedetti, Mario; *El recurso del supremo patriarca*, México, Editorial Nueva Imagen S. A., 1982, 3a. edición.
- Fromm, Erich; *Anatomía de la destructividad humana*, México, Siglo XXI Editores S. A., 1980, 5a. edición en español.
- González Bermejo; *García Márquez habla de su próxima novela* (entrevista), en Tlalole, año 2, No. 2, diciembre, 1971.
- Guijarro, Rafael; *El otoño literario de Gabriel García Márquez*, en Arco, No. 176, septiembre, 1975.
- Maldonado-Denis, Manuel; *La violencia en la obra de García Márquez*, Bogotá, Ediciones Suramérica, 1977, 1a. edición.

- Mc. Murray, George R.; *Gabriel García Márquez*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1978, 1a. edición en español.
- Mejía Duque, Jaime, *El otoño del patriarca o la crisis de la desmesura*, Medellín, Editorial La oveja negra, 1975, 1a. edición.
- Mena Lucia Inés; "Cien años de soledad": *Novela de la "Violencia"*, en Hispanoamérica, Año 5, No. 13, 1976.
- Peniche Vallado, Leopoldo; *El otoño del patriarca: Valores novelísticos en desequilibrio*, en Cuadernos Americanos, México D. F., No. 4, Julio – Agosto 1975, vol. CCVIT.
- Rama, Angel; *Un patriarca en la remozada galería de dictadores*, en Eco, No. 178, Agosto 1975, vol. XXIX.
- Saldívar, Dasso; *Acerca de la función política de la soledad en "El otoño del patriarca"*, en Estafeta Literaria, No. 561, Abril 1975.
- Sheridan, Guillermo y Pereira, Armando; *García Márquez en México (entrevista)*, en Revista de la Universidad de México, No. 6, 1976, vol. XXX.